

MORIR EN
NICARAGUA

(1)

SER JOVEN,

EL PEOR DELITO



Catorce de marzo, en Managua. Kilómetro 5 de la carretera Sur. Al camión matrícula MA-120201 le fallan los frenos en una cuesta abajo. Incapaz de controlarlo en la inclinada pendiente, el conductor no puede evitar que el parachoques golpee contra el último vehículo de una patrulla militar que en este momento circula por el lugar. Se trata del BECAT (Brigada Especial Contra Actividad Terrorista) número 940 de la Guardia Nacional, mandado por el subteniente Gaitán. Tras el choque, los soldados del BECAT, casco israelí y fusil M-16 norteamericano, saltan de los coches y, sin un instante de vacilación, sueltan cortas ráfagas que restallan contra la cabina del camión. El ayudante del conductor muere en el acto.

¿Lamentable error? ¿Deplorable accidente? No. Rutina pura. En esta Nicaragua enloquecida por la guerra civil, el recién llegado comprende muy pronto que la vida humana no vale nada. Absolutamente nada. Apenas los centavos de una bala de fusil. La primera página de «La Prensa», el diario que no controla la familia Somoza, amenaza cada día cubierta con imágenes de los cadáveres encontrados la víspera. Se trata de gente que salió de casa para acudir al trabajo, mujeres que hacían la compra, niños que jugaban en un jardín. En algún lugar de su recorrido se encontraron con una policía que los consideró «sospechosos» o «subversivos», lo que aquí significa automáticamente una condena a muerte. Otros fueron denunciados por vecinos o conocidos, y arrancados de sus hogares en plena noche. Alguno se saltó un semáforo, o no escuchó la señal de alto, o le fallaron los frenos... A veces, entre ellos hay un guerrillero «auténtico», pero entonces se nota siempre: las autoridades echan las campanas al vuelo, se difunde la biografía del difunto, y el diario «Novedades» anuncia a toda plana que ha muerto otro terrorista. Para el resto, para la docena larga de cadáveres «comunes», no hay ni una línea, ni una explicación oficial. Por otra parte, nadie la espera. A estas alturas, ¿quién le va a pedir peras al olmo?

El olmo es la Guardia Nacional nicaragüense. los pretorianos del general Anastasio Somoza Debayle. En su despacho de la Oficina de Leyes y Relaciones Públicas, el coronel Aquiles Aranda sonríe con gesto que pide comprensión:

«Ya sabe usted... Esta guerra es una guerra sucia... No se hace una tortilla sin romper algunos huesos...»

Lógico, mi coronel. Está clarísimo, mi coronel. Pero salga y explique el eufemismo de la tortilla a las mujeres que están ahí, afuera, bajo un sol de jui-

ticia, haciendo cola para averiguar qué ha ocurrido con sus hijos, con sus hermanos. Son muchas y están siempre tras la verja, esperando.

«Tengo un hijo de diecinueve años. Me lo llevaron

En Nicaragua, hoy, el peor delito es ser joven. Una comisión en la que destacan notables figuras de la política y la Iglesia, está luchando para conseguir lo que considerarían un gran paso adelante hacia una humanización del conflicto: que se respete la vida de los niños menores de dieciséis años y que hasta esa edad sean considerados «no combatientes». Si lograr tal cosa se considera aquí como un notable avance en el respeto a los derechos humanos, pueden imaginar ustedes cómo andan estos días las cosas por Nicaragua.

● NIÑOS DE ONCE AÑOS

Bosque de Xiloá, Managua. Domingo 13 de mayo, por la mañana. Dos rastros de sangre se unen en la



La Guardia Nacional de Somoza. Equipo moderno e impunidad total.

por subversivo. Vengo a hablar con el coronel, porque he preguntado en todas las cárceles y me dicen que no está en ninguna.»

«Al mío lo mandaron a la Modelo. Iba al colegio y lo agarraron. Me ha dicho un sargento que sigue vivo.»

«Mi hermano está preso desde marzo y no lo encuentro en ninguna cárcel. El nunca se metió en política.»

puerta principal y se bifurcan; uno, hacia el dormitorio principal; otro, al comedor. Otro enorme charco rojo, todavía fresco, junto a unos zapatos de niño. Muebles destrozados a balazos. Y ese olor dulzón que se agarra al estómago, el olor de la sangre. El olor a muerte.

Porque la muerte entró aquí en la tarde de ayer, cuando una patrulla de la Guardia Nacional circulaba junto al bosque de Xi-

loá. En las proximidades suenan unos disparos. Guerrilleros sandinistas. Un soldado grita: «¡Ha sido desde aquella casa!» Los miembros de la patrulla penetran en la vivienda, disparando sus fusiles de asalto «Gali», recién importados de Israel. Es un arma ligera, de calibre 5,56, muy bien concebida para matar. Alfonso González Pasos cae acorralado, junto a su hijo Juan Bosco y su sobrino Constantino Chamorro, ambos de once años de edad. En otras habitaciones mueren también el niño que cuida el jardín de la casa y la sirvienta, que se encontraba en la cocina. Para completar el exterminio de la familia, ni siquiera se perdona la vida a los dos perros.

Por la noche, mientras la Oficina de Relaciones Públicas de la G. N. asegura que se disparó desde la casa contra los solda-

El clima de guerra civil se agudiza entre combates, torturas y asesinatos

Ni la Guardia Nacional ni los sandinistas ofrecen cuartel al enemigo

Arturo PEREZ-REVERTE, enviado especial

Nuestro enviado especial, que ha vivido la pesadilla de la guerra civil en Nicaragua, viajando a través de un país en estado de «shock», donde torturas, combates y matanzas están a la orden del día, ha trazado el escalofriante relato de los trágicos acontecimientos registrados durante las últimas semanas. Iniciamos hoy la publicación de una serie de reportajes elaborada por nuestro compañero, cuya veteranía en los escenarios bélicos internacionales es bien conocida por nuestros lectores.

so del hombro, otro en la mano y otro en la cabeza... Alfonso, el padre, tenía un balazo en la cara, con quemaduras de pólvora; otro en el pecho y otro grande en la parte izquierda del cuello. A Constantino, otro balazo le desbarató el cráneo... Costó menos reconocerle que a Juan Bosco... Estaban con el tercer niño, el jardinero, pero yo no le conocía. Sólo vi que era otro niño, y supe que era él...»

Y, al día siguiente, les doy mi palabra de que es cierto, este enviado especial está sentado en su habitación del Hotel Intercontinental. El camarero trae un «sandwich» y enciende el televisor. En la pantalla, el Presidente Somoza y su esposa, ante los miembros del Gobierno, altas personalidades de la nación y cuerpo diplomático en pleno, inauguran solemnemente el Año Internacional del Niño, bajo el patrocinio de UNICEF.

● «A DAR UN PASEO, PAPA»

Pero la verdad es que tampoco los sandinistas se andan por las ramas. En el barrio del Maestro Gabriel, el cadáver de un guardia nacional yace boca abajo, con el rostro hundido en su propia sangre. Dos de sus compañeros están a estas horas en el hospital: cosidos a tiros, pero vivos. Los habitantes de las casas próximas viven aterrizados, no se atreven a salir a la calle. Esperan la represalia. Algunos se han ido a casa de parientes o amigos. Tras la verja de su puerta, una mujer de ojos temerosos observa la calle con recelo.

«Tengo a mi hijo encerrado en casa desde hace un mes. Es mi único muchachito, tiene diecisiete años. No quiero que me lo maten.»

Por la mañana, en un so-

lar abandonado, la Policía encuentra los cuerpos de dos hombres con sendos tiros en la nuca. También los sandinistas ajustan sus cuentas con la población civil. Los nombres de los dos muertos, que fueron sacados anoche de sus domicilios por jóvenes enmascarados, se encuentran en una lista de «orejas» y «chivatos». Supuestos confidentes de la Policía sentenciados por la guerrilla. Ni uno ni otro bando conoce la piedad.

Por las noches, en numerosos hogares, padres preocupados ven a sus hijos salir a la calle ocultando algo bajo la camisa. «¿Dónde vas?» «A dar un paseo, papá.» La madre llora en la cocina porque hace una semana, ordenando la ropa de su hijo, encontró un arrugado pañuelo rojo y negro. Horas después, antes del amanecer, el hijo regresa con la camisa empapada en sudor y un brillo extraño en los ojos. «Todo bien, papá. ¿No te has acostado todavía?» Y cuando al día siguiente el dueño de la casa escucha la radio, que da cuenta del asalto de un grupo sandinista a un cuartel de la Guardia Nacional, siente la boca seca por el miedo. Un amanecer, el hijo no regresará. Y los padres emprenderán el largo calvario: la búsqueda que termina en la cárcel o identificando un cuerpo retorcido —con frecuencia torturado— en el depósito de cadáveres.

«Saben ustedes que cuando un hombre ha sido torturado con cigarrillos encendidos antes de morir, la piel se desprende entre los dedos de los familiares que recogen el cadáver? No. Creo que la mayor parte de ustedes no lo sabe. Pero si un día escuchan los alaridos de una madre que acaba de encontrar lo que queda de su hijo, les aseguro que jamás lo olvidarán.»

(Continuará)

(Fotos del autor)

MORIR EN NICARAGUA (2)

La lluvia cae desde hace dos días sobre los hombres que chapotean en el barro. El cielo gris inunda de agua la selva, y el verde paisaje destila humedad, en gruesas gotas que caen pasadamente sobre la tierra pantanosa.

Una ráfaga de ametralladora suena próxima, entre la maleza y el eco de varios disparos aislados se pierde hacia el Paso de la Yegua. Los soldados de la patrulla se ponen en cuclillas junto a los troncos del árbol y observan silenciosos la espesura verde. Son «rangers» de la Guardia Nacional, soldados de élite que, a pesar de encontrarse empapados por la lluvia, abren arreglárselas para mantener secos sus fusiles de asalto Galil y M-16.

Un ruido a la izquierda. En chapoteo al otro lado de una impenetrable cortina de agua y maleza. Después viene un largo silencio roto por tres disparos y un grito que suena lejano: «¡Son de ustedes! Allá van!».

El teniente se levanta, se echa a correr hacia la izquierda seguido por varios soldados, y el resto se tiende en el suelo, con el agua por el pecho y la barbilla, apuntando sus armas. Una granada revienta al otro lado y todos los «rangers» disparan al mismo tiempo contra la espesura. Tiran a largas ráfagas y los cartuchos ardientes silvan al caer sobre el suelo empapado. Después, de pronto, sólo se escucha el golpear de la lluvia y se ve sonreír al teniente, que regresa sin casco y con el pelo mojado.

«A esos hijoputas los hemos mandado de viaje.»

En el Paso de la Yegua hay siete guerrilleros muertos, entre ellos una muchacha joven, casi una niña. Llevaban fusiles automáticos y un lanzagranadas, que ahora están siendo recogidos por los «rangers». Pertenecían al grupo de últimos supervivientes de una columna sandinista... que, hace ya dos semanas cruzó la frontera procedente de Costa Rica, para operar en la región de Nueva Guinea. Hoy, varias docenas de esos hombres están muertos, y otros, acosados por «rangers» y paracaidistas, intentan romper el cerco para alcanzar de nuevo la frontera, tras haber cambiado sus uniformes verde olivo por ropas civiles. A diferencia de los éxitos logrados en el norte del país los intentos sandinistas por crear potentes focos guerrilleros en las regiones rurales del sur nicaragüense, se han saldado hasta la fecha con estrepitosos fracasos.

● RAZONES DE UNA DERROTA

En la explanada del pequeño aeropuerto de Nueva Guinea, observando a los Aviocar (fabricación española), que desembarcan refuerzos, el teniente de «rangers» me explica su opinión sobre las causas del desastre guerrillero.

«En primer lugar, estos que entraron desde Costa Rica estaban entrenados en el llamado Campo Número Veinte. Eran del grupo de los Terceristas, que no son gente muy bien preparada. Por cada uno de ellos bueno, hay diez que no valen gran cosa. No son, por ejemplo, tan duros como los del GPP, los de la Guerra Popular Prolongada... Esos sandinistas sí son serios, buenos profesionales. Son los que operan en el Norte, en la frontera hondureña... Por otra parte, estos que han entrado a Nueva Guinea han escogido un terreno que no

LOS "RANGERS",

Uno de los guerrilleros muertos en el Paso de la Yegua. A su lado hay un rifle M-1, de fabricación norteamericana



Fuerzas especiales de la Guardia Nacional desembarcan en el aeropuerto de Nueva Guinea

es demasiado abrupto, sino que, dentro de lo que cabe, resulta bastante favorable para nosotros. En tercer lugar, nuestra capacidad combativa, en medios humanos y materiales, es muy superior a la suya. Somos gente bien preparada, ya lo ha visto usted. Yo, por ejemplo, hice el curso contra guerrilla con los gringos, en Fort Benning. Somos superiores en cinco a uno, a ver si me entiende... Finalmente, el peor error de los terroristas ha sido entrar en una región donde los campesinos son propietarios de sus propias tierras. ¡Vete a hablarles de reformas agrarias! Naturalmente, los mismos campesinos nos están ayudando a liquidarlos.»

Sobre la pista de tierra corre una avioneta armada con dos lanzadores de cohetes bajo las alas, que despega entre una nube de polvo antes de alejarse hacia el Sur a hostigar a los guerrilleros fugitivos. Soldados con uniformes de camuflaje y sombreros de jungla patrullan sobre «jeeps» armados con ametralladoras. La población civil de Nueva Guinea, un pueblito de colonos agrícolas, hace, sin embargo, vida normal. Tras varios días de lluvia el sol vuelve a brillar y los pequeños puestos de frutas y bebidas se llenan de soldados y campesinos, que se guardan del sol bajo los cobertizos de madera y chapa ondulada. Dos muchachas bellísimas, de rasgos indios y pies descalzos, venden calientes Pepsi-Cola a los soldados libres de servicio, que pasean con las manos en los bolsillos. Un fornido teniente paracaidista, a quien apoden «el Mercenario», por su cabello rojo y su aire germánico, me cuenta su última escara-

muza y termina invitándome a tomar una copa.

● SOLDADO RICO, SOLDADO POBRE

En un cobertizo, el coronel comandante de la guarnición revisa el material capturado a los guerrilleros durante los últimos días. En su mayor parte, se trata de armamento anticuado o en no muy buenas condiciones. Los fusiles de asalto Fal, de fabricación belga, están oxidados y en mal estado de conservación. Las características del terreno y

Los sandinistas procedían de un campo de entrenamiento instalado en Costa Rica

las lluvias no han favorecido mucho su ya difícil mantenimiento. Hay un par de ametralladoras alemanas MG, viejos fusiles Garand norteamericanos... Un capitán me cuenta que los sandinistas han conseguido este material vía Panamá. De todas formas, frente a los importantes medios aéreos y terrestres utilizados por la Guardia Nacional, la pobreza del equipo militar sandinista se revela evidente. Las mejores armas, algún Galil o M-16 de los utilizados por los guerrilleros, provienen del equipo cogido a los soldados o gubernamentales muertos en combate.

Por otra parte, está el factor humano. Frente a insurgentes dispuestos a morir por su ideal, pero

pobremente equipados, y con una preparación técnica no siempre satisfactoria, se encuentran los hombres de la Guardia Nacional, entrenados a conciencia y dotados de todo el apoyo logístico necesario. En zonas rurales, para el guerrillero herido no hay más opción que valerse por sus propios medios, hasta que lleguen la tortura y la muerte si es capturado. Sus camaradas no pueden evacuarlo a ninguna parte, pues cargar con hombres inválidos les restaría movilidad y seguridad, haciéndoles más vulnerables.

Y un guerrillero que no pueda moverse con agilidad y rapidez es hombre acabado. Termina siempre cazado como una rata en su agujero.

Somoza, y ello por razones obvias. Sin sus pretorianos, a «Tacho» lo habrían ya colgado de una farola sus compatriotas, quienes en lo único que están de acuerdo es en el odio mortal al dictador. La vieja Guardia Nacional ya no existe. Sus barrigones y maduros miembros han sido transferidos a otros destinos auxiliares, jubilados o, a veces, muertos por los insurgentes. En los últimos meses, Somoza ha llenado sus filas con jóvenes sanos, fuertes, atraídos por la paga, el «status» que el uniforme proporciona, la impunidad que otorga estar del lado del más fuerte. Jóvenes dispuestos a comerse el mundo con patatas. Y además dirigidos por oficiales profesionales, bien formados en las escuelas militares norteamericanas.

Así están las cosas, de momento. Como señalaba amargamente un amigo en Managua, «hoy a Somoza no lo tira ni Dios». Pero la vida da muchas vueltas...

● LOS ULTIMOS GUERRILLEROS

Al atardecer, el radio de campaña sigue informando sobre los movimientos de los guerrilleros. Otro choque armado ha tenido lugar a unos quince kilómetros de aquí, y los sandinistas, emboscados, aguantan desesperadamente hasta que llegue la noche, para intentar romper contacto y perderse en la maleza. Alguien informa que se trata de un grupo pequeño, quizás ocho o diez hombres. En el cielo, sobre la línea verde oscura

de los árboles, las avionetas armadas con cohetes revolotean como pájaros de mal agüero. Dos helicópteros despegan entre una nube de polvo y se recortan sobre el cielo rojo del crepúsculo.

La columna de camiones avanza en la oscuridad, con los faros apagados. Silenciosos, los soldados sostienen sus armas, y a veces la luz de la luna arranca un reflejo a las miradas bajo los cascos de acero. Cuando los vehículos se detienen, los hombres saltan de los camiones y se agrupan en las sombras. Una voz chirriante en el transmisor de radio que un soldado lleva a la espalda pide hablar con Delta Tango. La fila de hombres empieza a moverse entre los árboles, alejándose de la carretera de tierra. A medida que el roce de las botas y la ropa contra la maleza se va adentrando en la selva, se apagan los ruidos de los animales.

Una linterna de luz roja brilla dos veces durante una fracción de segundo, y la fila de hombres cambia de dirección. La voz sigue chirriando en el transmisor de radio. El suelo todavía está húmedo de lluvia, y a veces un soldado ahoga una maldición al hundirse hasta la cintura en el barro.

El tiroteo se inicia a los dos de la madrugada. Crepitan largas ráfagas en la distancia y pronto se extienden por todo el valle. Los guerrilleros han tenido mala suerte. Tropezaron con una patrulla y ya nunca lograrán alcanzar la frontera.

EN ACCION

Tropas de élite de la Guardia Nacional aniquilan una columna guerrillera en la región sureña de Nueva Guinea

de los árboles, las avionetas armadas con cohetes revolotean como pájaros de mal agüero. Dos helicópteros despegan entre una nube de polvo y se recortan sobre el cielo rojo del crepúsculo.

La columna de camiones avanza en la oscuridad, con los faros apagados. Silenciosos, los soldados sostienen sus armas, y a veces la luz de la luna arranca un reflejo a las miradas bajo los cascos de acero. Cuando los vehículos se detienen, los hombres saltan de los camiones y se agrupan en las sombras. Una voz chirriante en el transmisor de radio que un soldado lleva a la espalda pide hablar con Delta Tango. La fila de hombres empieza a moverse entre los árboles, alejándose de la carretera de tierra. A medida que el roce de las botas y la ropa contra la maleza se va adentrando en la selva, se apagan los ruidos de los animales.

Una linterna de luz roja brilla dos veces durante una fracción de segundo, y la fila de hombres cambia de dirección. La voz sigue chirriando en el transmisor de radio. El suelo todavía está húmedo de lluvia, y a veces un soldado ahoga una maldición al hundirse hasta la cintura en el barro.

El tiroteo se inicia a los dos de la madrugada. Crepitan largas ráfagas en la distancia y pronto se extienden por todo el valle. Los guerrilleros han tenido mala suerte. Tropezaron con una patrulla y ya nunca lograrán alcanzar la frontera.

(Continuará.)

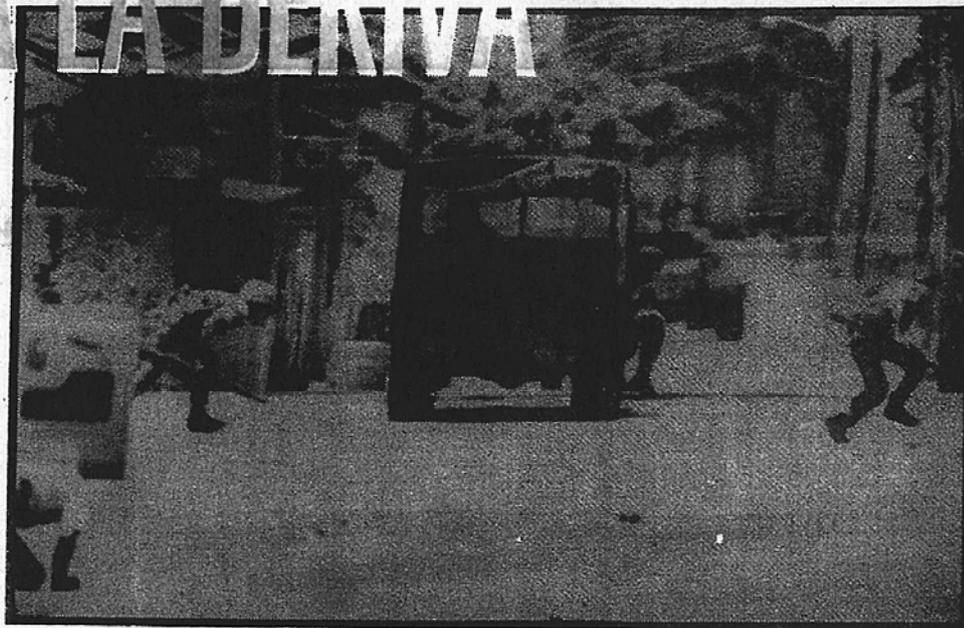
Arturo PEREZ-REVERTE
enviado especial



UN PAIS A LA DERIVA

● La guerra civil y la crisis económica lo han sumido en un marasmo total

QUINCE de mayo, doce del mediodía. Una larga fila de autobuses, coches y camiones está detenida en las afueras de Masaya, a 30 kilómetros de Managua. Una columna de humo negro sube hacia el cielo desde el centro de la ciudad, sobre la que da vueltas una avioneta de observación de la Fuerza Aérea nicaragüense. Hacia el viejo Mercado Municipal y en la zona del parque Julio César se escuchan disparos y largas ráfagas de armas automáticas. Junto a las gasolineras, entre el largo atasco de vehículos, civiles aterrizados huyen de la ciudad. Por todas partes, controles de la Guardia Nacional y camiones cargados de tropas. Desde las diez de la mañana los sandinistas combaten en las calles de Masaya.



Tropas gubernamentales en una calle de Masaya, durante los enfrentamientos con guerrilleros sandinistas

Junto a la estación de servicio Shell, tres mujeres me cuentan que los guerrilleros están atacando al comando de la Guardia Nacional, y que varios vehículos arden frente al edificio oficial. También señalan que en mitad de la calle están los cuerpos, cosidos a tiros, de los centinelas.

Los insurgentes atacaron a las diez de la mañana, salidos de no se sabe dónde, y entre sus objetivos se cuentan los cuarteles militares y los bancos de América y Nicaragüense.

Mi taxi está inmovilizado por el atasco de tráfico, y, por otra parte, los soldados de la Guardia Nacional, que controlan los accesos a la ciudad, impiden en estos momentos el paso de vehículos. Bajo un calor sofocante, con las camisas pegadas al cuerpo por el sudor, dos fotógrafos nicaragüenses y yo lo gramos cruzar finalmente los controles, internándonos al azar en los suburbios de la ciudad.

En las calles, ni un alma. Los disparos son ahora más espaciados, y a veces se escucha el retumbar sordo de una explosión. En cucullas, junto a una esquina, hay media docena de guardias nacionales, que vigilan, con las armas a punto, una avenida de la que se ha estumado todo rastro humano. Nos aconsejan no seguir adelante, pues hay francotiradores en los tejados. Una ambulancia con la sirena ululando pasa a nuestra espalda. Los soldados están tranquilos, fuman en silencio, y sólo se sobresaltan, apretando con fuerza sus fusiles de asalto Gali, cuando algún disparo sueña más próximo que los otros.

—La situación está controlada—nos dice un guardia nacional bajito, de rasgos indios y una blanquísima dentadura—. *Esos hijueputas se están replagando hacia los barrios periféricos... Siempre hacen igual: entran muy bravos, y en cuanto les caemos encima, se largan.*

Ahora son tres los aviones que vuelan sobre la ciudad, mientras el rumor de los combates se va apagando. Junto a la valla de un «parking», tres jóvenes

con las manos apoyadas en la pared son cacheados por un grupo de soldados. Uno de ellos sangra por una oreja, y el líquido rojo le mancha la camisa.

En ese momento, por segunda vez en tres días, me ponen un fusil M-16 en el estómago. Un guardia nati-

Delante de mis ojos veían dos rollos de película fotográfica y se guardan otros tres en el bolsillo. Cuando veo lo que hacen con mi material estoy a punto de echarme a llorar como un imbécil.

obligada, con mucha sangre, esfuerzo y empleo masivo de medios militares, a recuperar el terreno.

Resultado evidente que, en los últimos tiempos, los sandinistas han ganado en fuerza y audacia, especialmente en el Norte. Tras una

competente y desprestigiada a ojos de la juventud, los sandinistas han visto aumentar considerablemente su peso y su garra popular.

De todas formas, aunque, hoy por hoy, el combate está entablado entre los Somoza y su Guardia Nacional, por una parte, y la oposición liberal-conservadora y los sandinistas, por la otra, en el caso de una caída del somocismo se registraría, sin duda, un enfrentamiento abierto entre la «oposición legal», bien vista por los Estados Unidos, y la guerrilla, que no oculta ni su radicalismo político ni su aspiración a instaurar un auténtico orden nuevo en Nicaragua.

● LAS CUATRO CRISIS

En lo que se refiere al ciudadano medio, al que, dentro de lo que cabe, podríamos considerar «neutral», las perspectivas no son nada halagüeñas. La crisis por la que el país atraviesa es terrible: inflación, desempleo, caída en picado de la economía nacional —ya ampliamente esquilimada por el clan Somoza—, inseguridad en las calles, clima de terror... El centro comercial de Managua ofrece al visitante un aspecto desolador. Las tiendas están vacías de clientes, todo el mundo se queja de que las ventas han bajado hasta cotas insostenibles. Cuatro crisis se han dado cita en la atormentada Nicaragua: las secuelas del terremoto de 1972, todavía no superadas; el aumento en los precios del petróleo; el deterioro de la moneda nacional, apenas mitigado por la concesión de un crédito del Fondo Monetario Internacional, y la crisis de la guerra civil. Los hoteles están vacíos, el turismo ha desaparecido por completo, y lo peor es que no se vislumbra el final del túnel.

«Esto no tiene salida, señor periodista. No vemos ninguna solución; no vemos y caemos cada vez más bajo. Una oposición incompetente, un ejército



La población civil vive en un clima de terror y angustia

cional de los que registraban a los detenidos me ve hacer fotografías, da un grito y se viene hacia mí como una flecha. Le digo que soy periodista, y al notar mi acento «extranjero» duda un momento antes de decidir no darme un culatazo.

—¿Español?

—Sí. Periodista español.

—No se puede hacer fotos, señor. Está prohibido. Otro soldado, que por cierto apesta a sudor, me apunta con el fusil y me pide las películas fotográficas con muy malos modos. Los dos fotógrafos nicaragüenses, que no quieren problemas, se desentendían del asunto y se largan a toda prisa. El soldado del fusil hojea mi pasaporte y echa un vistazo a mi bolsa.

—Márchese, señor. Usted no debe estar aquí.

● LA GUERRILLA «BAJO AL LLANO»

La acción de Masaya es una más de las que el Frente Guerrillero Sandinista lleva a cabo con cierta regularidad en diversos núcleos urbanos del país. Normalmente se trata de pequeñas escaramuzas para «crear ambiente», asaltos a bancos y centros militares, con un repliegue inmediato. Sólo a veces, como en los casos de Estelí, León, Nueva Guinea, etc., las operaciones insurgentes alcanzan mayor envergadura y llegan a convertirse en verdaderas batallas, con la toma temporal de la localidad en cuestión por los guerrilleros. En estos casos, la Guardia Nacional no efectúa, precisamente, un paseo, sino que se ve

década de lucha en las montañas contra el régimen somocista, el momento de «bajar al llano» llegó por fin a finales de 1977. Los espectaculares logros de los insurgentes se vieron potenciados con el reclutamiento de estudiantes e intelectuales de los núcleos urbanos, así como el apoyo entusiasta de la juventud en general. Los campesinos, como es habitual en estos casos, reaccionaron más tarde, precisamente debido a la labor de propaganda y adentramiento político llevada a cabo por jóvenes intelectuales procedentes, en buena parte de los casos, de la clase media alta del país, incluso de familias dirigidas. Una vez más, como en toda Iberoamérica, se da aquí el caso del «padre general y el hijo guerrillero». Con una oposición liberal al régimen de Somoza, a menudo in-

brutal y corrompido y una guerrilla poco escrupulosa, dispuesta a que el país entero pase por la guerra civil, sin importarle que paguemos los inocentes. ¿En qué va a terminar todo esto?

Por si los males del país fueran pocos, al amparo del desorden se ha desatado una ola atroz de delincuencia común, a menudo enmascarada al socaire de la política. Ajustes de cuentas vulgares se convierten en crímenes políticos; todos los atracadores que entran en un banco se autoproclaman del Frente Sandinista; en nombre de la guerrilla se viola, se roba, se mata en todos los rincones del país. Ayer, un juez fue asesinado en su casa, ante su mujer, por elementos que aseguraron ser representantes de la «justicia popular». Un taxista, robado y herido después de un tiro en el estómago, declara que sus agresores gritaron «¡Viva Sandino!», antes de arrebatarle la recaudación del día y descerrajarle el tiro. Arden los autobuses escolares, incendiados por jóvenes con el pañuelo rojo y negro... Aquí ya nadie sabe quién es quien. Cuando en las calles desiertas, al caer la noche, le roban el reloj a algún transeúnte, este ignora si se trata de sandinistas, vulgares chorizos o guardias nacionales de paisano, que hacen horas extras.

Nicaragua es el caos. Es el miedo, el pánico cervical. La muerte que acecha bajo mil formas distintas, la vergüenza, la humillación, la amargura. Es la impotencia frente a los fusiles de la Guardia Nacional, el miedo a los sandinistas, el desprecio más absoluto y olímpico hacia los más elementales derechos del ser humano. Y, sobre todo, es la patética resignación que he visto en el rostro de un padre que enterraba a su hijo de trece años, asesinado de un tiro, por no responder a la llamada de un soldado:

«¿Pedir una investigación? ¿De qué me iba a servir...? Dejenme ustedes enterrar en paz a mi muchachito.»

MORIR EN NICARAGUA (y 4)

EN realidad, Somoza no es exactamente un tipo sanguinario —comenta un alto diplomático acreditado en Managua—. Hasta podríamos afirmar que, en realidad, derramar sangre le disgusta profundamente. "Tachito" sería feliz si pudiese seguir administrando Nicaragua como su finca particular, sin problemas. No es un asesino nato, sino un hombre dominado por dos pasiones: el poder y el dinero. En tales circunstancias, está resuelto a cualquier cosa con tal de seguir donde está. No mata por matar, sino porque no tiene otro remedio. Si pudiera seguir llenándose el bolsillo y ostentando honores tranquilamente sin necesidad de esas malas bestias de su Guardia Nacional, no le quepa duda de que lo haría. Pero las cosas se le han puesto difíciles, y por eso no vacila en bañar el país en sangre con tal de seguir llevando la batuta.

Esta fría y lúcida definición del dictador nicaragüense, quizá la más perfecta que he escuchado en tres semanas, retrata al individuo. Y, por otra parte, no es sino último acto de una larga y trágica historia que se inició allí entre los años 1927

güesía no dura demasiado, puesto que todo el mundo desea las mejores tajadas del pastel. Hay una ruptura, y esa alta burguesía pasa a la oposición. Una oposición, se entiende, adinerada y conservadora, a pesar de sus protestas liberales.

"Tacho" fue asesinado, la sociedad Somoza Inc. valía 50 millones de dólares; pero la gestión del heredero, "Tachito" pulverizó todos los récords de su ilustre progenitor. Dispuesto a ganar dinero a lo grande, el nuevo Presidente no escatima medios; desde los casinos hasta el tráfico de sangre humana, todo vale, si es rentable. Y como Dios protege a los malos cuando son más poderosos que los buenos, la Naturaleza le echa una mano: el terremoto de 1972. Aunque la sacudida sísmica hace 30.000 víctimas, también ocasiona la llegada de 800 millones de dólares procedentes de la ayuda internacional. Una ayuda que la población afectada por la tragedia todavía sigue esperando.

Según datos del pasado año —hoy corregidos y aumentados—, Anastasio Somoza Debayle controla el 40 por 100 de la economía del país y detenta los paquetes de acciones más gruesos en 46 compañías nacio-



Tachito II y Tachito III. Dos generaciones de Somozas

LA SACAN LOS

y 1933, cuando, en pleno ejercicio de su tristemente célebre «diplomacia de la cañonera», los Estados Unidos ocuparon el país. Era la época en la que ya estaba en pleno vigor aquel viejo dicho: «Pobre Iberoamérica; tan lejos de Dios, y tan cerca de los Estados Unidos».

Aplicando con versión muy sui géneris la doctrina Monroe, «América para los americanos» (del Norte), los Estados Unidos se dedicaron concienzudamente, tras la liquidación de los últimos vestigios del imperio colonial español, a llenar el hueco militar y económico. Como tantos otros países centroamericanos, Nicaragua se convirtió en los años treinta en otra «república banana», a merced de las grandes compañías USA, cuyos intereses locales se encontraban debidamente protegidos por los «marines» del Tío Sam. Sin embargo, a su llegada, los yanquis encontraron una inesperada y desagradable sorpresa: la feroz resistencia armada de los guerrilleros nicaragüenses, mandados por un indio cuyo nombre, hoy, pertenece a la leyenda: César Augusto Sandino. Los soldados estadounidenses, llamados por el recién elegido presidente Roosevelt, abandonaron oficialmente el país, no sin antes establecer allí una Guardia Nacional, entrenada por ellos y equipada a expensas de Washington. A su cabeza colocaron a un oscuro individuo llamado Anastasio Somoza García, «Tacho» para los amigos, cuyo primer gesto histórico consistió en una emboscada que terminó con el asesinato de Sandino, quien, como todos los grandes patriotas, era un ingenio y andaba por aquellas fechas dispuesto a hacer la reforma agraria.

En el fondo, a «Tacho» eso le importa un bledo. Su Guardia Nacional desarticula los complotos, y los Somoza se convierten en archimillonarios. Muy pronto controlan un tercio de la economía del país —carne y café, especialmente—, mientras las multinacionales USA se ocupan del resto —oro, bananas, algodón, azúcar, madera—. Al «pater familias» Somoza le mandan a mejor vida en un complot, en 1956, pero ello no impide al clan seguir detentando el Poder. Apoyado por su hermano Luis y por diversos hombres de paja, «Tachito» se convierte en Presidente en 1967. De tal palo, tal astilla. La corrupción

nales, sin contar las inversiones y propiedades en el extranjero. Personalmente, he intentado una tarde, descansando en la piscina del hotel Intercontinental, calcular en dólares el valor aproximado de la fortuna conocida de «Tachito». Cuando llegué a los mil millones de dólares se me fundieron los plomos y ya no pude continuar sumando.

Así, por encima, Somoza posee 20.000 kilómetros cuadrados de tierras. Controla la única fábrica de cigarrillos, Nicaragua Cigar, y una decena de monopolios agroalimenticios. A sus posesiones industriales se añaden las empresas de distribución de vehículos y productos varios, sin olvidar las exportaciones de plasma sanguíneo que lleva a cabo Plasma Ferresis. Cuando un pasajero vuela en Lanica, Líneas Aéreas de Nicaragua, está ingresando dinero en la cuenta de Somoza; si navega en un barco de Mamenic Lines, también. Sumemos a ello una red ferroviaria, hoteles, editoriales, estaciones de televisión y de radio, bancos, participación en sociedades multinacionales... Mientras escribo esto llevo al convencimiento de que equivoqué el oficio al hacerme periodista. Cuando sea mayor quiero ser Somoza.

● NEPOTISMO Y CORRUPCIÓN

Naturalmente, todas estas cosas se consiguen y se mantienen colocando a los familiares y amigos en los lugares adecuados y extendiendo los cheques adecuados. El número de personas que en Nicaragua viven de la corrupción generada por Somoza es incalculable. Todo cargo público o privado relacionado con el dictador es desempeñado por personas que han pagado la designación y que reparten sus beneficios con el benefactor. Las esferas de Poder del país son un inmenso compendio entre «Tachito» y sus deudos.

Como es lógico, todo este tinglado no se sostendría, especialmente ahora que los Estados Unidos sufren una repentina y enternecedora toma de conciencia sobre lo

SOMOZA

nefastos que son los Somoza —han tardado cuarenta años en enterarse—, sin el respaldo armado de la Guardia Nacional, el ojo derecho del dictador. Controlada por el hijo de Somoza II, con mandos entrenados en academias militares USA —el propio Presidente fue aventajado alumno—, la guardia pretoriana nicaragüense se ha visto dotada en los últimos meses del más moderno material y de excelentes salarios. Si vis chollo, para bellum, como dicen los castizos.

Además, hay una deliciosa faceta del asunto, que ronda el ámbito de lo privado. Casado con doña Hope Fortocarrero de Debayle, el Presidente Somoza posee una bella amante oficial: Dinora Sampson, que en numerosos aspectos goza de más poder que la esposa oficial. No lo dicen las lenguas de doble filo, sino que es del dominio público que la señorita Sampson hizo con «Tachito» el negocio de su vida. Doña Dinora reparte mercedes a sus allegados, tanto en el campo de los puestos oficiales como en el de los negocios. Convertida en una notable personalidad local, ha amasado una fortuna con la complicidad de los jefes de Aduanas y de la Fuerza Aérea de Nicaragua. Abastecedora de artículos de lujo y ropa para «boutiques», Dinora Sampson importa sus productos de Europa y Estados Unidos sin pagar ni un centavo de derechos aduaneros, haciendo una muy seria competencia a la industria nacional. La influencia de Dinora incluye la Guardia Nacional, donde presta servicio su hermano, el comandante Ronald Sampson.

● LA OPOSICIÓN

Con este panorama, a nadie le extraña que la burguesía local eche chispas contra el régimen somocista, que sólo le deja caer las migajas del pastel. Hacia el comienzo de la década de los setenta, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional empieza a hacer hablar de él y reemprende, con un prisma mucho más progresista, la lucha de Sandino, la burguesía nacional también echa su cuarto a espadas. El diario «La Prensa» denuncia los manejos de Somoza, y su director, Pedro Joaquín Chamorro, miembro de otra familia «paralela», pero en la oposición, agrupa a las fuerzas políticas del país, abarcando desde los conservadores a los comunistas.

Mientras la Administración Carter empieza a distanciar al dictador, a Chamorro le meten treinta y ocho balas en el cuerpo. Es enero de 1978. Precisamente en un momento en que el asesinado preconiza un diálogo nacional que incluya a los sandinistas. La oposición burguesa tiene su mártir y se lanza abiertamente contra Somoza. Se crea el Frente Amplio Opositor, pero esa burguesía, muerto Chamorro, carece de líderes de auténtica talla.

Los sandinistas lo saben y desencadenan la ofensiva armada a gran escala, con el objetivo de inclinar la relación de fuerzas a su favor. Las tres tendencias del FSLN se han unificado recientemente, coordinando sus acciones militares, y frente a la oposición civil, esperanza de Washington para el futuro, los hombres que han hecho de Sandino su bandera agudizan con sus acciones la situación revolucionaria, que pretenden hacer desembocar, cuando se intensifique la guerra, en una insurrección popular que termine con la miseria, la corrupción y el crimen en Nicaragua. Aunque por ahora no se tiran demasiado trastos a la cabeza, hay que tener en cuenta que la oposición civil «civilizada» y los sandinistas, hay infinitas diferencias, pero una fundamental: el FSLN tiene las armas y combate.

Somoza está bien situado y no será mañana cuando le caiga el cielo sobre la cabeza. Los sandinistas lo saben y no tienen prisa. Hay todavía un largo camino por recorrer. Pero, como comentaba en Masaya un joven simpatizante del FSLN, «intentaremos por todos los medios que no haya un Somoza Tercero en esta tierra».

FIN DE LA SERIE

- Cuarenta y tres años de dictadura familiar han desangrado al país
- La oposición, dispuesta a impedir que haya un Somoza Tercero

sigue campeando en el país; las elecciones se ganan una tras otra a «pucherazo» limpio, y el dinero sigue llenando las arcas familiares.

Ya en los años cuarenta, en vida de Somoza I, la acumulación primitiva de la fortuna familiar hizo posible al «clan» lanzarse de lleno a la gran agricultura capitalista. Para ello bastó con desviar fondos públicos, gravar las actividades comerciales y aceptar la «mordida» a cambio de facilidades otorgadas a las compañías norteamericanas. Cuando

● «TACHO» Y «TACHITO»

Y entonces empezó la saga de los Somoza. Dueño del país, apadrinado por Washington, «Tacho» toma el Poder en 1936 con el apoyo de la clase pudiente de Nicaragua, todavía no repuesta del sponcio sufrido al ver entrar a Sandino en Managua a la cabeza de sus campesinos. Sin embargo, la alianza Somoza-alta bur-

Arturo PEREZ-REVERTI
enviado especial

